

## LOS SILENCIOS DEL CANÓNIGO: FRANCISCO MANRIQUE CABRERA Y SU HISTORIA DE LA LITERATURA PUERTORRIQUEÑA

### Resumen

*En el 1956 Francisco Manrique Cabrera publica la que muchos consideran la primera historia de la literatura puertorriqueña. Este ensayo estudia la supuesta primogenitura de la historia de Cabrera a través del examen de otro texto contemporáneo, un diccionario de literatura puertorriqueña publicado un año antes por Josefina Rivera de Álvarez que merece el mérito que se le ha otorgado al libro de Cabrera. Se estudia además el ámbito cultural en el cual aparecen estos textos fundacionales en la historiografía de las letras boricuas. Por ello se investigan los presupuestos ideológicos y los principios organizativos en que se basa la obra de Cabrera, según éste los propone en el prólogo al libro. Se observan en las palabras de advertencia que abren su texto las ausencias o los silencios que marcan toda la obra y se contrastan con otros cuestionamientos sobre el tema, particularmente los hechos por Tomás Blanco.*

**Palabras clave:** *Francisco Manrique Cabrera, Josefina Rivera de Álvarez, Tomás Blanco, historia de la literatura puertorriqueña, historiografía literaria puertorriqueña*

### Abstract

*In 1956 Francisco Manrique Cabrera published a history of Puerto Rican literature, a text that many believed was the first ever dealing with this topic. The present article studies this history's supposed merit of having been the first of its kind by comparing it with Josefina Rivera de Álvarez's dictionary of Puerto Rican literature, a book which deserves the merit that traditionally has been awarded to Cabrera's work. It also studies the cultural context in which these two foundational works appeared. The article, therefore, studies the texts's ideological structures and their organizing principles, especially in Cabrera's work, as these can be seen in this book's prologue. The article also examines the absences and silences in the book's preface since these marked the entire work. These are contrasted with questions about the same topic formulated by other intellectuals of the period, particularly by Tomás Blanco.*

**Key words:** *Francisco Manrique Cabrera, Josefina Rivera de Álvarez, Tomás Blanco, Puerto Rican literature history*

*(Para Sylvia Rivera Viera)*

En el 1956 Francisco Manrique Cabrera (1908-1978) publicó el libro que comúnmente se considera la primera historia de la literatura puertorriqueña. Por mucho tiempo este texto fue la fuente bibliográfica más manejada y el manual



tradicionalmente asignado para el estudio de las letras boricuas. Por años su cátedra en la Universidad de Puerto Rico, donde impartía cursos generales y especializados sobre el tema, le ofreció a Cabrera la posibilidad de ser no sólo el historiador casi oficial de nuestras letras sino uno de sus árbitros más poderosos. Cabrera, a través de su cátedra y, sobre todo, a través de su historia de las letras boricuas, se estableció como la suprema autoridad en el campo, el sumo sacerdote, el canónigo que conocía mejor que nadie la ley y dictaba el canon aceptado por todos. Todo joven literato del momento esperaba ansiosamente la aparición de una nueva edición de la *Historia de la literatura puertorriqueña* con la esperanza de ser incluido en ella para así formar parte del canon. En los últimos años de su carrera docente y hasta tras su jubilación, Cabrera hablaba frecuentemente de sus preparativos para una edición revisada de su libro; pero esa nueva versión ampliada nunca llegó a aparecer.<sup>1</sup> Sólo tenemos una versión de esta historia literaria. Eso sí, varias re-impresiones vieron la luz en vida del autor —hay que recordar que el libro se empleaba entonces en casi todos cursos universitarios de literatura boricua que se enseñaban en el país— y, tras su muerte, la *Historia...* mantuvo, por un tiempo, su posición privilegiada de canon oficial. Ésa ya no es la situación: ahora otros libros narran la historia de las letras boricuas y ya la posibilidad de alcanzar un puesto en el canon a través de la inclusión en este libro no tiene sentido porque no puede ocurrir. La *Historia...* de Manrique Cabrera se ha congelado en el tiempo, ha pasado a ser un texto poco consultado, una pieza arqueológica, un manual que ya no se asigna y casi ni se lee. Pero esta suerte no es la más justa porque aunque ha muerto el autor, el libro sigue vivo o casi vivo.

Muchas son las pruebas que se podrían aducir para confirmar la necesidad de volver a ese viejo manual. Por ejemplo, los nuevos textos que ahora ocupan el puesto que antes tenía el de Cabrera todavía parten de éste y mantienen esencialmente los mismos principios canónicos que implícitamente se defendían en él. Los cambios entre el libro de Cabrera y otros textos que ofrecen visiones de conjunto o parciales de las letras boricuas, aunque sean mínimos y superficiales, y, sobre todo, la distancia histórica entre él y nosotros, propician y hasta exigen una relectura de la obra de quien ha sido considerado por muchos años el primer historiador de la literatura puertorriqueña.

Con ese objetivo quiero acercarme a su libro, particularmente a la brevísima “Nota preliminar” que sirve de preámbulo al texto y donde con mucha parsimonia y grandes pero elocuentes silencios Manrique Cabrera presenta algunos y disimula muchos de los principios básicos que le sirven para estructurar su

---

<sup>1</sup> Durante este periodo final de la carrera académica de Cabrera, específicamente durante el año escolar 1970-71, trabajé directamente bajo su supervisión en la Universidad de Puerto Rico; fui su último ayudante de cátedra. Esta información sobre los planes de una re-edición del libro y otros datos que aquí apunto vienen, pues, de sus propios labios. Esto no quiere decir que el presente trabajo se base sólo en mis recuerdos de Cabrera; recurro a sus textos y a los de otros autores para apoyar mis puntos de vista.



propuesta de un canon literario boricua.

Usualmente se considera la *Historia de la literatura puertorriqueña* como el primer libro de conjunto de este tema que apareció en la Isla.<sup>2</sup> El adverbio que empleo en la oración anterior intenta evitar ciertas anomalías y trata de apuntar de paso a la mucha historia que se esconde tras esa supuesta primogenitura del texto de Cabrera. El autor señala muy de paso en esta "Nota preliminar" uno de los conflictos que hacen que la atribución de ser el primero resulte conflictiva y hasta dudosa. En tres apartados Cabrera apunta sendas fuentes bibliográficas que pueden servir de "...pautas para los que deseen continuar los estudios de nuestras letras..." (p. 11). La primera es la *Bibliografía puertorriqueña (1493-1930)* (1932) de Antonio S. Pedreira; la segunda son las 34 tesis de maestría sobre escritores o temas puertorriqueños que se habían presentado hasta entonces en el Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico; la tercera es el *Diccionario de literatura puertorriqueña* (1955) de Josefina Rivera de Álvarez. Las tres referencias son reveladoras y vale la pena considerarlas más detenidamente. Por el momento, me detengo en la tercera y cito en su totalidad las palabras de Cabrera:

Ya rumbo a la imprenta el presente trabajo, ha llegado a nuestras manos, una obra que resulta de provecho para el interesado en la vida y obra de los autores puertorriqueños. Se trata del *Diccionario de Literatura Puertorriqueña*, de Josefina Rivera de Álvarez, México, Ed. La Torre, Universidad de Puerto Rico, 1955, 499 págs.<sup>3</sup>

Mucho se esconde y se silencia con esa breve referencia. Nótese, en primer lugar, cómo Cabrera aclara que él no ha usado el texto de Rivera de Álvarez ("Ya rumbo a la imprenta el presente trabajo..."). Pero sobre todo, nótese cómo se hace una marcada distinción entre los dos libros: el de la otra servirá para buscar datos sobre la vida y la obra de los autores puertorriqueños;

<sup>2</sup> Para el estudio del problema de nuestra historiografía literaria se hace indispensable el ensayo de Edgar Martínez Masdeu, "Historiografía de la literatura puertorriqueña (Desde 1893 hasta 1963)" incluido en el volumen colectivo titulado *Literatura puertorriqueña: 22 conferencias* (San Juan, Ateneo Puertorriqueño, 1994; pp. 13-33). El Dr. Martínez Masdeu, muy diplomáticamente, presenta tres libros como las primeras historias de nuestras letras: *Diccionario de la literatura puertorriqueña* (1955) de Josefina Rivera de Álvarez, *Historia de la literatura puertorriqueña* (1956) de Francisco Manrique Cabrera e *Historia panorámica de la literatura puertorriqueña (1589-1959)* de Cesáreo Rosa Nieves (1963). Pero una lectura detenida de su ensayo confirma que el autor, a pesar de su posición aparentemente no comprometida, obviamente afirma que el libro de Rivera de Álvarez es nuestra primera historia literaria, posición con la que estoy plenamente de acuerdo. Probablemente otros se hayan dejado confundir por el título del libro, diccionario y no historia, para descartarlo como nuestra primera historia literaria. Pero Martínez Masdeu establece clara y enfáticamente que esta investigadora "había escrito la primera historia de la Literatura Puertorriqueña" (sic; p. 28). Además de por esta tajante y correcta aseveración sobre el libro, el artículo de Martínez Masdeu es de interés por su detallado rastreo de los antecedentes de estas tres historias de nuestras letras.

<sup>3</sup> Francisco Manrique Cabrera, *Historia de la literatura puertorriqueña*. Río Piedras, Editorial Cultural, 1965 (Reimpresión de la primera edición de 1956); p. 13. En este trabajo cito siempre por esta edición y señalo entre paréntesis la página citada.



el suyo —y aquí apunto a uno de los silencios elocuentísimos y reveladores de la “Nota preliminar” de Cabrera— ofrecerá la continuidad entre esos provechosos pero meros datos; su libro nos brindará la secuencia, o sea, la historia. Cabrera parece querer que leamos los dos libros a partir de sus títulos, no de su contenido. El suyo es una historia de la literatura, mientras que el otro, el de Rivera de Álvarez, es un mero diccionario.

Un examen de este otro libro sirve para presentar una versión distinta de la situación. El *Diccionario...* incluye como introducción una sección de 161 páginas titulada “Panorama histórico de la literatura puertorriqueña”. Más de una tercera parte del libro lo compone, pues, una historia de la literatura puertorriqueña. En una aguda reseña del libro de Rivera de Álvarez, Nilita Vientós Gastón llamaba esa parte del *Diccionario...* “lo mejor del libro...”.<sup>4</sup> Pero la misma Vientós Gastón, la lectora aguda que alaba el estudio introductorio del *Diccionario...* de Rivera de Álvarez, considera que el libro de Cabrera “...es el primero que se propone hacer un recuento de nuestro quehacer literario”.<sup>5</sup> A pesar de lo que se suele decir y a pesar de las contradicciones de tan penetrante crítica, la primogenitura del texto de Cabrera muy fácilmente se puede poner en duda. Más concretamente aun, a pesar de los títulos de los libros hay que decir que Cabrera no escribió la primera historia de nuestras letras; lo hizo Rivera de Álvarez.

El libro de Cabrera aparece originalmente en Nueva York, publicado por Las Américas Publishing Company, mientras que el de Rivera, que fue originalmente su tesis doctoral para la Universidad de Madrid, lo publicó la Editorial de la Universidad de Puerto Rico, entonces bastión intelectual dominado casi al estilo de un déspota ilustrado por Jaime Benítez, su rector. Desde 1948, tras una huelga de estudiantes que marcó el curso de la vida universitaria y, por ende, de todo el mundo intelectual boricua, Benítez había convertido esta institución en lo que él llamaba la “Casa de Estudios”.<sup>6</sup> Su visión de la universidad era la de un centro de investigación apolítico, sólo en cuanto la política excluida era la que pudiera estar directamente relacionada con Puerto Rico. Naturalmente lo político no dejaba de habitar dentro de las paredes protectora

<sup>4</sup> Nilita Vientós Gastón, “El diccionario de literatura puertorriqueña”, *Índice cultural* [Tomo I], Río Piedras, Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, 1962; p. 220. La reseña apareció originalmente el 9 de junio de 1956 en el periódico *El Mundo* (San Juan).

<sup>5</sup> Nilita Vientós Gastón, “Una historia de la literatura puertorriqueña”, *Índice cultural* [Tomo II], Río Piedras, Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, 1964; p. 85. La reseña apareció originalmente el 22 de junio de 1957 en *El Mundo* (San Juan).

<sup>6</sup> Todavía no hay un estudio detallado de las ideas pedagógicas y la importancia para la educación y la cultura puertorriqueñas de Jaime Benítez. Por ello sólo refiero al lector a su colección de ensayos *Junto a la Torre. Jornadas de un programa universitario* (San Juan, Editorial Universitaria, Universidad de Puerto Rico, 1962). Sobre el momento histórico en la Universidad de Puerto Rico al que se hace referencia y para el periodo en general, véanse: Raymond Carr, *Puerto Rico: A Colonial Experiment* (New York, Vintage Books, 1984) y Fernando Picó, *Historia general de Puerto Rico* (San Juan, Huracán-Academia, 1986).



de la "Casa de Estudios". El mismo Benítez fomentaba directa e indirectamente esa inclusión. Hay que recordar que el rector había abierto las puertas de su universidad a intelectuales latinoamericanos y europeos, especialmente españoles, que por razones políticas habían tenido que abandonar sus países. A éstos, de forma indirecta, se les pedía silencio sobre lo puertorriqueño en cambio a una cálida acogida y una cátedra permanente. Cabrera, junto a otros, se había destacado como opositor declarado, casi oficial, de Benítez. El dato claramente apunta por qué su texto no fue publicado por la Editorial de la Universidad Puerto Rico que para entonces se había convertido en la casa editora más prestigiosa de la Isla y había logrado trascender las fronteras insulares a través de la revista *La Torre* y con sus ediciones de los clásicos de la literatura occidental que servían textos en los cursos de humanidades creados bajo el liderato de Benítez y siguiendo los modelos de los de la Universidad de Chicago. Se puede entender, pues, por qué la *Historia...* de Cabrera no podía aparecer en esa editorial, a pesar de ser el producto de los cursos ofrecidos en esa misma institución por uno de sus profesores más distinguidos. Tampoco sorprende que el nombre de Jaime Benítez esté ausente del canon que propone Cabrera, mientras que Rivera de Álvarez lo incluye en su libro.<sup>7</sup> Pero la aparición del *Diccionario...* en la Editorial de la Universidad de Puerto Rico requiere una explicación más matizada. Para ofrecerla habría que introducir otros elementos importantes en la pugna intelectual y política que se daba en esos años fuera y dentro de la Universidad de Puerto Rico.

Esta pugna se había transformado en la lucha entre los llamados "universalistas" y los "puertorriqueñistas". Los primeros supuestamente negaban la existencia de una cultura puertorriqueña y promulgaban, como panacea, el estudio de los clásicos de la cultura europea. Los otros, aparentemente, defendían la cultura nacional y se negaban a ver todo lo que viniera de fuera. Benítez parecía ser el líder de los primeros; con su *Historia...*, Cabrera parecía convertirse en el mejor representante de los segundos. Pero un análisis de esta falsa polémica —nunca se dio en términos concretos sino por alusiones y referencias— demuestra que ninguno de los dos bandos apoyaba las ideas que se les atribuían.<sup>8</sup> Prueba de ello es que la Editorial de la Universidad de Puerto Rico publicó el *Diccionario...* de Rivera de Álvarez. Pero tal explicación del hecho no excluye la posibilidad de entenderlo también como un ataque a Cabrera quien desde años antes venía enseñando cursos de literatura boricua en esa institución y quien desde hacía ya tiempo venía anunciando la aparición de su

<sup>7</sup> En la "Nota preliminar" que abre el *Diccionario...* la autora agradece la ayuda de Benítez para la publicación del libro y coloca su nombre prominentemente en el primer lugar de la listas de sus benefactores.

<sup>8</sup> Para un comentario esclarecedor de la supuesta polémica véase "Los 'puertorriqueñistas' y los 'occidentalistas'" de Nilita Vientos Gastón (*Índice cultural* [Tomo I], Río Piedras, Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, 1962; pp. 145-146). Este comentario se publicó originalmente el 19 de febrero de 1955 en *El Mundo* (San Juan).



libro. Éste puede leerse como el prontuario de esos mismos cursos universitarios.<sup>9</sup>

Pero para entender mejor los criterios que emplea Cabrera para construir su canon literario habría que prestarle atención a otros hechos de importancia que circundan la aparición de su libro y el de Rivera de Álvarez. Quizás el más importante entre éstos sea la fundación del Instituto de Cultura Puertorriqueña en el 1955, un año antes de la publicación de la *Historia...* y en el momento exacto de la aparición del *Diccionario...*<sup>10</sup>

Muchos historiadores han visto acertadamente la creación de una entidad gubernamental para el fomento y la protección de la cultura nacional como una muestra de la mala conciencia que sentían los liberales muñocistas que estaban en el poder.<sup>11</sup> Para combatir el proceso de americanización que llegaba más fuertemente a la Isla a través del desarrollo industrial que Muñoz Marín y sus partidarios habían desatado, los liberales proponían la fundación del Instituto, como se le llegó a conocer comúnmente. No podemos entrar en un examen detallado de los logros y las fallas, de la historia, de esta institución. Sólo puedo

---

<sup>9</sup> Para entender mejor el significado de la aparición de los libros de Cabrera y Rivera de Álvarez se hace necesario trazar el desarrollo de la enseñanza de los cursos de literatura puertorriqueña en la Universidad de Puerto Rico. Hasta el momento en que se escriben estas páginas, tal trabajo no se ha hecho y, cuando se haga, habrá que destacar la contribución de Antonio S. Padrearra, Lidio Cruz Monclova y Francisco Matos Paoli quienes tempranamente fueron estructurando dichos cursos. Cruz Monclova, por ejemplo, dio el primer curso de literatura puertorriqueña en nuestra universidad en el 1923. Cabrera también participó activamente en esa tarea. Al hacer este estudio habrá que tener en cuenta que éste enseñó desde muy temprano en su carrera en el Departamento de Estudios Hispánicos del campus principal de la universidad del país, Río Piedras, mientras que Rivera de Álvarez lo hizo en departamento homónimo en el campus de Mayagüez. Siempre hubo una cierta distancia, cuando no rivalidad, entre estos dos departamentos. Aunque el de Río Piedras siempre tuvo mayor prestigio que el de Mayagüez, ciertos intelectuales puertorriqueños de importancia, a pesar de sus grandes méritos, no pudieron llegar a formar parte del profesorado de éste. El caso más notable fue el de María Teresa Babin, quien tras una distinguidísima carrera en los Estados Unidos regresa a la Isla para enseñar en Mayagüez, no en Río Piedras. Sólo años después, al final de su carrera, se le invita como profesora visitante en el Departamento de Estudios Hispánicos en Río Piedras.

Otras dos dicotomías entre Cabrera y Rivera de Álvarez podrían también tomarse en consideración al comparar sus sendos textos: sexo (hombre/mujer); edad (mayor/menor). Estas diferenciaciones, especialmente la geográfica/política (Río Piedras/Mayagüez), quizás sirvan para estudiar a fondo esta polémica historia de la historias de las letras boricuas. Ahora bien, el estudio de esta historia habrá que colocarlo en el contexto del de la literatura en nuestro país y ese estudio está por hacerse. Propongo que cuando se haga se debe tomar como uno de los posibles modelos el primer capítulo del influyente libro de Terry Eagleton (*Literary Theory: An Introduction*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1983), donde se estudia muy agudamente el desarrollo de los estudios de literatura inglesa en la academia británica y sus implicaciones políticas. Un trabajo de esa índole es esencial para la mejor comprensión de nuestra literatura y nuestra cultura en general.

<sup>10</sup> *No sorprende que la segunda edición aumentada (1979) del Diccionario...* haya aparecido bajo el sello editorial del Instituto de Cultura Puertorriqueña.

<sup>11</sup> Véanse los siguientes textos: Manuel Maldonado Denis, "Imperialismo y cultura nacional en Puerto Rico", *Puerto Rico: Mito y realidad* (San Juan, Editorial Antillana, 1979 [Tercera edición]; pp. 121-135) y Arlene M. Dávila, *Sponsored Identities: Cultural Politics in Puerto Rico* (Philadelphia, Temple University Press, 1997).



apuntar a que la concepción de la cultura que proponía esta agencia gubernamental, según los iconos —palabras e imágenes— que presentaba su fundador y primer director, Ricardo Alegría, era esencialmente estática. Para Alegría la cultura puertorriqueña —y por ende, la literatura nacional— ya existía como un ente con perfiles fijos y definidos. Por ello, la función del Instituto y la de los intelectuales que colaboraban con Alegría era la de salvaguardar, la de proteger, la de rescatar esa cultura ya existente, ya estructurada, ya completa pero parcialmente perdida.

Y ese mismo propósito subyace en la *Historia...* de Manrique Cabrera. En la "Nota preliminar" éste enumera seis propósitos que lo llevan a escribir su obra; el quinto es muy revelador: "Plantear ante los puertorriqueños que inconscientemente se hayan alejado de su tradición literaria, la oportunidad de constatarla para su mejor estar espiritual" (pp. 10-11).

A pesar de un léxico religioso que parece contradecir las ideas izquierdistas del autor, la declaración de Cabrera encuadra perfectamente en el contexto de rescate cultural que algunos muñocistas y todos los independentistas planteaban en el momento como necesario. Pero llama la atención el empleo del adverbio "inconscientemente". Creo que esa palabra esconde toda la visión de la historia de Puerto Rico según se la planteaban Cabrera y muchos otros intelectuales boricuas. El puertorriqueño no era culpable de haberse desviado del curso verdadero de su historia como nación. Para él, la culpabilidad caía sólo en unos pocos líderes asimilistas o estadolibristas. El descarrío del curso cultural era pues inconsciente y la literatura era medio eficaz para volver a ese camino perdido.

Más que una fe humanística en la capacidad redentora de las letras, estas palabras esconden una visión de la historia nacional según la cual el puertorriqueño es víctima inocente y no actor responsable de su destino. En ese contexto, tanto Cabrera como Alegría veían la cultura como la forma de rescate de lo nacional. Recientemente Juan Gelpí ha expresado de forma precisa el carácter y las proyecciones más profundas de esta visión de la literatura que por años dominó y que aun domina entre muchos escritores boricuas. Gelpí asevera que "...la tradición literaria que se construye en Puerto Rico a lo largo de este siglo ha hecho las veces de ese Estado nacional inexistente; sus clásicos y las continuas reescrituras que ellos se han hecho son algo así como la constitución nacional que nunca ha tenido el país".<sup>12</sup> Si aceptamos esa visión de las letras boricuas que ofrece Gelpí y la extendemos a la cultura nacional en general, podemos decir que con la fundación del Instituto de Cultura Puertorriqueña Alegría pretendía crear un estado paralelo que redimía las fallas esenciales del Estado Libre Asociado muñocista. Cabrera, a su vez, escribía la arquetípica

<sup>12</sup> Juan Gelpí, "La paradoja de Puerto Rico: Una literatura nacional", *Primer Plano (Suplemento de Cultura de Página 12)*, Buenos Aires, 17 de enero de 1993; p. 2.



constitución nacional al crear el canon literario con su *Historia...* A pesar de las distancias ideológicas entre ambos intelectuales, una sólida comunión de principios —la redención del país por la cultura— los hermanaba fuertemente.

Para Cabrera esa función redentora de la literatura puertorriqueña se extiende más allá de las fronteras nacionales. Por ello, en la "Nota preliminar" apunta como uno de los propósitos para escribir su libro: "Darle al puertorriqueño que aún alejado de la Isla desee mantener vivos los vínculos con su pasado literario, un testimonio de éste" (p. 10).

La *Historia...* apareció originalmente en Nueva York: en parte ese dato podría explicar estas palabras.<sup>13</sup> Pero más aun, éstas revelan la conciencia de Cabrera sobre un hecho innegable para cualquier puertorriqueño del momento: la emigración masiva a los Estados Unidos había alcanzado para el 1956 uno de sus momentos más altos. Miles y miles de boricuas habían tenido que abandonar la Isla y ya habían convertido a Nueva York en la más grande de las ciudades puertorriqueñas. Pero todavía no había comenzado a aparecer en números sustanciales los textos en inglés o en una mezcla de inglés y español que formarían la nueva expresión literaria que llamamos neorrican. Cabrera no vaticina la aparición de esa literatura neorrican como lo hace Bernardo Vega.<sup>14</sup> Por ello en sus palabras se puede entrever una concepción de la literatura nacional que no daría cabida dentro del canon a una literatura puertorriqueña que no fuera la de la Isla. Para él la *Historia...* es para los puertorriqueños que están fuera de la Isla un recurso para curar la nostalgia por la patria perdida y sólo eso. Pero lo creado fuera de la Isla —productos que todavía no existían en números considerables, pero sí existía— no tendrá entrada al canon.

Esa exclusión queda reforzada por el hispanismo que permea todo el texto de Cabrera. El primero de los propósitos que enumera en la "Nota preliminar" así lo evidencia: "Colocar lo puertorriqueño, por la vertiente de lo literario, dentro del ámbito cultural al que pertenecemos por derecho de lengua y comunidad cultural e histórica" (p. 10).

Esta justa declaración queda reforzada por la cita a Unamuno, cita que también sirve para probar la falacia de la supuesta pugna entre "universalistas" y "puertorriqueñistas". Pero, a la vez, esa definición de la literatura puertorriqueña como únicamente hispánica lleva a Cabrera a cometer ciertas injusticias al elaborar su *Historia...* Dado este fuerte hispanismo que el historiador de nuestras letras compartía con muchos otros boricuas contemporáneos, no

<sup>13</sup> También el lugar de publicación del libro sirve para explicar otro de los propósitos expuestos en la "Nota preliminar". El sexto y último punto de ésta señala como propósito del libro: "Poner ante el alcance de los estudiosos de Norteamérica y ante el pueblo de EE.UU. en general, unas páginas que le permitan conocer y comprender mejor, ángulos casi inéditos de nuestro Puerto Rico." (p. 11) Sería difícil entender esta declaración si se ignora el lugar de publicación del libro.

<sup>14</sup> Véase: Bernardo Vega, *Memorias de Bernardo Vega (Contribución a la historia de la comunidad puertorriqueña en Nueva York)*, Editadas por César Andreu Iglesias, Ediciones Huracán, 1977; p. 201.



sorprende las primeras palabras del primer capítulo de su libro:

El 19 de noviembre de 1493, el almirante don Cristóbal Colón descubre para el hombre europeo la isla que sus habitantes indios llamaban Borinqué, y los españoles llamarían San Juan Bautista. (p. 17)

Para Cabrera Puerto Rico comienza con la llegada a la Isla de la palabra española.

Hay que recordar que sólo fue en 1974, cuatro años antes de la muerte de este historiador de nuestras letras, que Juan José Arrom publica su edición de la *Relación sobre las antigüedades de los indios* de Ramón Pané,<sup>15</sup> libro que desató una revisión sobre la mitología taína. Pero, a pesar de ello, ya para el momento de redacción de su *Historia...* Cabrera contaba con suficientes materiales para al menos prestarle atención mínima a la cultura que servía de sustrato a la puertorriqueña y que tan prominentemente aparecía en el escudo del Instituto de Cultura Puertorriqueña, icono emblemático de concepción de la cultura boricua de los intelectuales del momento.<sup>16</sup>

Pero más que la ausencia de los taínos lo que delata la hispanofilia deformante de Cabrera es la falta de atención al aporte africano en nuestra cultura, en su caso particular, a nuestro folklore. La última sección del primer capítulo de la *Historia...* está dedicada a este importante tema sobre el cual Cabrera se consideraba autoridad. En ella se dedica una oración al mundo taíno y de inmediato se establece que:

Tan sólo nos quedan los moldes hispánicos que al correr de los años se acriollan, mediante procesos de aclimatación, sufriendo injertos de la tierra nueva y de las nuevas experiencias históricas que la tradición hace gravitar sobre ellos. (p. 49)

Esta es una interpretación de la cultura nacional que defiende la asimilación más que el mestizaje. Por ello, la tradición folklórica neo-africana desaparece por completo del texto. Sólo se menciona al estudiar la poesía negrista de Palés

<sup>15</sup> Ramón Pané, *Relación acerca de las antigüedades de los indios* (Nueva versión, con notas, mapa y apéndice por José Juan Arrom), México, Siglo Veintiuno Editores, 1974.

<sup>16</sup> No cabe duda de que la aparición del libro de Pané hizo que muchos intelectuales puertorriqueños revisaran el canon literario. Por ello, la misma Josefina Rivera de Álvarez comienza su segunda historia de la literatura puertorriqueña, *Literatura puertorriqueña: Su proceso en el tiempo*, Madrid, Ediciones Partenón, S.A., 1983, con un capítulo entero dedicado a lo poco que sabemos sobre la literatura oral de los habitantes prehispánicos de las Antillas. El "descubrimiento" del texto de Pané también lleva a la antropóloga y estudiosa de la literatura Mercedes López-Baralt a ver la relación entre las ideas religiosas de los taínos con las de los indígenas de la región amazónica, según las ideas de Lévi-Strauss. Véase su libro *El mito taíno: raíz y proyecciones en la Amazonía continental* (Rio Piedras, Ediciones Huracán, 1976). La repercusión del redescubrimiento del texto de Pané hecha por Arrom fue grande. Para entender la importancia de la edición de este texto fundacional de la cultura caribeña, véase el artículo-resena de Roberto González Echevarría, "José Arrom, autor de la *Relación acerca de la antigüedad de los Indios* (picaresca e historia), recogido en *Relecturas* (Caracas, Monte Avila Editores, 1976; pp. 17-31)



Matos. Sorprende tal inmenso silencio cuando recordamos que Cabrera escribió su tesis doctoral en Madrid sobre la presencia del negro en la literatura del Siglo de Oro español.<sup>17</sup> Este es uno de los silencios más sorprendentes y deformantes del supuesto primer historiador de nuestras letras.

Pero es sólo uno entre muchos. En su "Nota preliminar" Cabrera nunca aclara cuáles son los principios organizativos de su libro. El estudio del texto mismo comprueba que el autor se vale para estructurarlo del método de las generaciones, según lo divulgaron en España e Hispanoamérica Ortega y algunos de sus discípulos, especialmente Julián Marías. En el momento, ésta era la norma entre los historiadores de la literatura en lengua española de uno y otro lado del Atlántico y, por ello, los modelos que pudo seguir Cabrera para la elaboración de su obra son muchos. Pero la parte final del libro no parece responder a ese principio organizativo y, por ello, desde el momento de su aparición, se criticó la *Historia...*, particularmente en las secciones que dedicada a las letras contemporáneas, por una falta de criterio organizativo que muchas veces hace del libro la expresión abierta de los prejuicios del autor.<sup>18</sup>

Un lector crítico de la "Nota preliminar" de la *Historia de la literatura puertorriqueña* se queda con profundas dudas sobre el plan de acción y los principios que estructuran el libro que comienza a leer. Esas dudas se pueden

<sup>17</sup> La tesis doctoral de Cabrera, que defendió en 1934, apareció póstumamente como parte del proyecto de publicación de sus obras completas, proyecto aun inconcluso. Cabrera decía –y el dato ha sido confirmado por otro investigador que no llegó a conocer al autor personalmente– que su tesis no se hallaba en los archivos de la Universidad Complutense ya que parte de éstos fueron destruidos en el bombardeo a Madrid durante la Guerra Civil. Por suerte Cabrera tenía copia de la misma y ésta se publicó bajo el título de *El negro en la literatura española* (Edición a cargo de Josefina F. de Cabrera y Luis de Arrigoitia, San Juan, Fundación F. Manrique Cabrera, 1992). Según el mismo Cabrera, este texto iba a publicarse en La Habana en 1946 con el apoyo del antropólogo Fernando Ortiz pero, por cuestiones presupuestarias, el libro no pudo aparecer entonces en Cuba.

Esta disminución de la importancia del aporte neo-africano, especialmente en el área del folklore, queda confirmada en una conferencia de Cabrera recogida en otro importante texto fundacional para la historia de nuestras letras, *Literatura puertorriqueña: 21 conferencias* (San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1960), donde a éste se le asigna el capítulo o la conferencia sobre el tema. Allí, después de dar un breve y único ejemplo de la tradición neo-africana en la Isla, establece tajantemente que "...el máximo de nuestro haber folklórico es bagaje de tronco hispánico..." (p. 408). Tal aseveración, aunque correcta, no sólo retrata el mal estado de los estudios sobre la cultura negra en Puerto Rico en el momento sino, y sobre todo, retrata la dominante influencia de la hispanofilia en Cabrera y otros intelectuales entonces. Probablemente nuestra visión crítica de estos "silencios" suyos tenga su origen en nuestra mayor conciencia del aporte africano a la cultura boricua y, sobre todo, en el intento de balancear más justamente los elementos culturales de nuestro mestizaje esencial, intento que, muchas veces, nos lleva a recalcar lo que antes se veía meramente como marginal. También y muy probablemente en el futuro nuestra nueva meta de balance sea criticada y reajustada. Todos estos intentos de definición de la cultura nacional, obviamente, responden a visiones e intereses políticos. Estamos plenamente consciente de ello; Cabrera también lo estaba pero su plan de acción político se guiaba por otras perspectivas.

<sup>18</sup> Nilita Vientós Gastón apuntaba en una reseña de la *Historia de la literatura puertorriqueña* que "lo contemporáneo es el gran escollo del historiador" ya que en sus juicios "entran en juego las preferencias y los prejuicios personales", (*Índice cultural*, [Tomo II], Río Piedras, Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, 1964; p. 86).



concentrar en una pregunta esencial y necesaria: ¿qué es la literatura puertorriqueña para Cabrera?

Manrique Cabrera parece guardar silencio más que exponer abiertamente lo que opina sobre este tema. Los principios que sustentan y organizan su importante texto no aparecen expresados claramente por ninguna parte del mismo. Y es que calla más de lo que dice. Quizás tal aseveración sea un tanto injusta; quizás, más que silenciar o ignorar, Cabrera da por sentado los principios organizativos y las ideas sobre nuestra cultura que conforman su libro porque los consideraba obvios y, por lo tanto, cree que su exploración y su expresión serían inútiles. Parecería que el historiador cree que el sentido común le hará claro a sus lectores lo que él opina sobre el carácter y la naturaleza de la literatura puertorriqueña. Pero, como lectores de Gramsci, sabemos que detrás del sentido común se esconden ideas e ideologías de una época.<sup>19</sup> Cabrera no discute lo que para él son las letras puertorriqueña y al no hacerlo, al dar por sentado que su lector sabe lo que éstas son, intenta hacer más evidente y fuerte su existencia. Lo que se da por sentado, lo que se conoce tan bien que por lo tanto se silencia, tiene muchas veces más peso que lo que se explica. Tampoco Josefina Rivera de Álvarez se cuestiona la naturaleza de las letras boricuas en su *Diccionario...* aunque explique mucho más detenidamente que Cabrera cuáles eran los principios organizativos que había empleado para construir su libro. Ella también da por sentado que su lector sabe qué es la literatura boricua, que eso no había que explorarlo, que el sentido común lo hace evidente.

Pero cabe preguntarse si todos los intelectuales puertorriqueños del momento adoptaban esta misma actitud. Por suerte así no es. Justo un año antes de aparecer la *Historia...* de Cabrera, al cumplir diez años de publicación de su revista, Nilita Vientós Gastón dedicó un número especial de *Asomante* al estudio de ese tema. El hecho claramente revela un intento de crear un canon para las letras nacionales. Parte del número es una encuesta a varios intelectuales boricuas sobre los libros puertorriqueños más importantes de los últimos veinticinco años.<sup>20</sup> Entre los encuestados está Tomás Blanco, ensayista, poeta y narrador de importancia, contemporáneo de Pedreira y de Cabrera.

Pero la actitud de Blanco es muy distinta a la de esos dos estudiosos de las letras nacionales. En un texto juguetón, pero muy serio, éste se plantea cuestiones radicales que están completamente ausentes de la *Historia...* de Cabrera y del *Diccionario...* de Rivera de Álvarez. Blanco llega a cuestionarse

<sup>19</sup> Para el concepto de "sentido común" en Antonio Gramsci véase su *Antología* (Selección, traducción y notas de Manuel Sacristán, México, Siglo Veintiuno Editores, 1970; pp. 366-381).

<sup>20</sup> Ya antes, en otra publicación que puede verse como antecedente a las revistas de Vientós Gastón, *Índice* (1929-1931), revista dirigida por un grupo que incluía a Antonio S. Pedreira y donde colaboró el propio Cabrera, se trató de formar un canon de las letras boricuas al examinar críticamente a veces y otras por mera exaltación la obra de importantes escritores nacionales del pasado.



la existencia misma de una literatura puertorriqueña vista como un cuerpo homogéneo o coherente que trascienda las necesidades de un escritor individual:

...¿qué se debe entender, exactamente, por "literatura puertorriqueña"? ¿Escritores puertorriqueños? ¿Temas puertorriqueños? ¿Tendencias y propósitos regionalistas? ¿Costumbrismo? o ¿qué? Y ¿qué valor debe dársele a la palabra "importancia"? Importancia; ¿en qué sentido? ¿desde qué punto de vista? ¿Importancia documental? ¿Importancia como creación imaginativa? ¿Importancia aclaratoria, definitoria? ¿Importancia por interpretativa o por original?.<sup>21</sup>

La respuesta esconde una visión crítica y un planteamiento profundo acerca del carácter o la esencia de las letras nacionales. Blanco parece encarnar una actitud radicalmente distinta a la de Cabrera. Mientras para uno, para Cabrera, el carácter o la definición de lo que es la literatura puertorriqueña es tan evidente o, quizás, tan frágil que ni se menciona, para el otro, para Blanco, la esencia misma de ese cuerpo literario hay que ponerla en duda para llegar a definirla y examinarla. Blanco no llega a negar la existencia de la literatura puertorriqueña pero, contrario a Cabrera, está dispuesto a enfrentarse a la misma de forma crítica, desde el cuestionamiento y no desde la admiración incuestionable.

Quizás llegue yo demasiado lejos al presentar estos dos puntos de vista tan distintos como dos actitudes esenciales frente a la cultura nacional: de un lado está el intelectual que, por proteger su cultura que ve como la tabla de salvación ante los males de una política desastrosa, no se atreve a tocarla si no es para elogiarla, para sacralizarla, para canonizarla; de otro, está el que sabe que la canonización sólo se puede dar tras el acercamiento profundamente crítico. Dada la particular situación política puertorriqueña, parece ser que Francisco Manrique Cabrera, a quien para muchos sigue siendo el primer historiador de las letras nacionales, se sintió obligado a guardar silencio sobre muchas cuestiones que hoy consideramos importantes para el estudio crítico y profundo de las letras que canonizaba con su *Historia...* A pesar de sus silencios no cabe duda que su labor fue de gran importancia, aunque a veces eclipsó injustamente la de otros, de otras, especialmente la de Josefina Rivera de Álvarez. Pero, por suerte y aun desde antes de esos silencios del canónigo, había otros que se atrevían a dudar. Afortunada digo que es tal situación porque de silencios temerosos y de dudas aventureras está compuesta toda historia de la literatura de todo país, no sólo la de Puerto Rico.

*Efraín Barradas*  
*Universidad de la Florida*  
*Gainesville*

<sup>21</sup> Tomás Blanco, "Los libros más importantes de la literatura puertorriqueña, 1930-1954: Encuesta", *Asomante* (San Juan), núm. 1 (1955); p. 124.



## OBRAS CITADAS

- Benítez, Jaime, *Junto a la Torre. Jornadas de un programa universitario*, San Juan, Editorial Universitaria, Universidad de Puerto Rico, 1962.
- Tomás Blanco, "Los libros más importantes de la literatura puertorriqueña, 1930-1954: Encuesta", *Asomante* (San Juan), núm. 1, 1955; p. 124.
- Cabrera, Francisco Manrique, *Historia de la literatura puertorriqueña*. Río Piedras, Editorial Cultural, 1965, [Reimpresión de la edición original de 1956].
- , "La literatura folklórica de Puerto Rico", *Literatura puertorriqueña: 21 conferencias*, San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1960; pp. 403-427.
- , *El negro en la literatura española* (Edición a cargo de Josefina F. de Cabrera y Luis de Arrigoitia). San Juan, Fundación F. Manrique Cabrera, 1992.
- Carr, Raymond, *Puerto Rico: A Colonial Experiment*, New York, Vintage Books, 1984.
- Dávila, Arlene M., *Sponsored Identities: Cultural Politics in Puerto Rico*, Philadelphia, Temple University Press, 1997.
- Eagleton, Terry, *Literary Theory. An Introduction*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1983.
- Gelpí, Juan, "La paradoja de Puerto Rico: Una literatura nacional", *Primer Plano (Suplemento de Cultura de Página 12)*, Buenos Aires, 17 de enero de 1993; pp. 2-3.
- González Echevarría, Roberto "José Arrom, autor de la *Relación acerca de la antigüedad de los Indios* (picaresca e historia), *Relecturas*, Caracas, Monte Avila Editores, 1976; pp. 17-31.
- Gramsci, Antonio, *Antología* (Selección, traducción y notas de Manuel Sacristán), México, Siglo Veintiuno Editores, 1970.
- López-Baralt, Mercedes, *El mito taíno: raíz y proyecciones en la Amazonía continental*, Río Piedras, Ediciones Huracán, 1976.
- Maldonado Denis, Manuel, "Imperialismo y cultura nacional en Puerto Rico", *Puerto Rico: Mito y realidad*, San Juan, Editorial Antillana, 1979 [Tercera edición]; pp. 121-135.
- Martínez Masdeu, Edgar "Historiografía de la literatura puertorriqueña (Desde 1893 hasta 1963)", *Literatura puertorriqueña: 22 conferencias* (San Juan, Ateneo Puertorriqueño, 1994; pp. 13-33).
- Pané, Ramón, *Relación acerca de las antigüedades de los indios* (Nueva versión, con notas, mapa y apéndice por José Juan Arrom), México, Siglo Veintiuno Editores, 1974.
- Picó, Fernando, *Historia general de Puerto Rico*, San Juan, Huracán-Academia, 1986.
- Rivera de Álvarez, Josefina *Diccionario de la literatura puertorriqueña*, Río Piedras, Ediciones de La Torre, 1955.
- , *Diccionario de la literatura puertorriqueña* (Tres tomos), San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1979.



- \_\_\_\_\_, *Literatura puertorriqueña: Su proceso en el tiempo*, Madrid, Ediciones Partenón, S.A., 1983.
- Rosa Nieves, Césareo, *Historia panorámica de la literatura puertorriqueña (1589-1959)*, San Juan, Campos, 1963.
- Vega, Bernardo, *Memorias de Bernardo Vega (Contribución a la historia de la comunidad puertorriqueña en Nueva York)*, Editadas por César Andreu Iglesias, Ediciones Huracán, 1977.
- Vientós Gastón, Nilita, "El diccionario de literatura puertorriqueña", *Indice cultural*. [Tomo I], Río Piedras, Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, 1962; pp. 219-221.
- \_\_\_\_\_, "Los 'puertorriqueñistas' y los 'occidentalistas'", *Indice cultural* [Tomo I], Río Piedras, Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, 1962; pp. 145-146.
- \_\_\_\_\_, "Una historia de la literatura puertorriqueña", *Indice cultural*. [Tomo II], Río Piedras, Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, 1964; pp. 85-87.